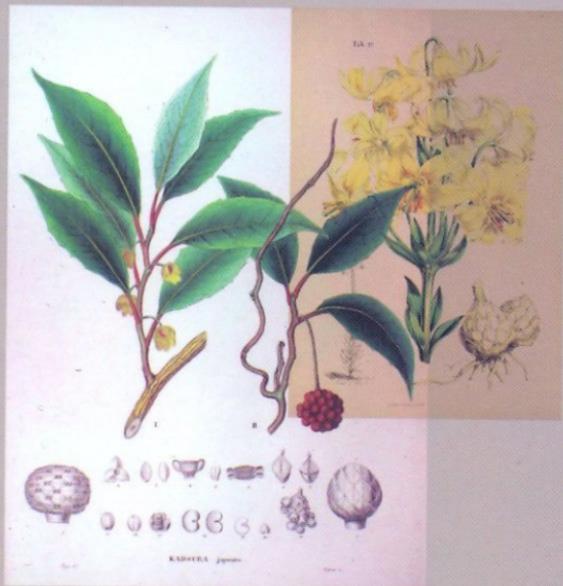


Condición de las flores

Mario Bellatin

_apostillas



entropía

preferido incluso una voz ajena que una voz perdida en el tiempo. Al bajar por las escaleras de mármol, notó que la casa estaba completamente vacía. No vio a nadie, ni a los demás enfermeros, ni a los hombres y mujeres que junto a ella habían llegado como clientes. Al cruzar la puerta de calle, sus nervios se crisparon con el ruido del tránsito, que no había disminuido en lo más mínimo y que en ese momento sintió como un sonido amplificado muchas veces. Cruzó la calle y al pasar por debajo del farol de la cafetería, miró a la mujer que le había servido un café antes de las siete. La camarera levantó la cabeza y nuestra mujer se dio cuenta que la había reconocido. Quería hablar con alguien, aunque fuese de cosas triviales. Decidió entrar para pedir una Coca Cola y conversar con la mujer. La camarera se acercó solícita, pero al cabo de unos minutos comenzó a impacientarse ante el no pedido de nuestra mujer.

Y si la belleza corrompe a la muerte¹⁰

¹⁰ Este texto, conservado por José Carlos Alvaríño durante aproximadamente treinta y cinco años y entregado en Lima en febrero de 2007, es un dactiloscrito que ocupa 20 páginas escritas en una cara en hojas lisas de 21 x 30 cm. Sin duda este manuscrito pertenece al momento de creación que produjo las más de mil hojas perdidas en algún sótano de la ciudad de Lima, que darían lugar a *Efecto invernal*. Por la selección de historias, que se corresponde en su gran mayoría con el relato contenido en la novela, datamos esta etapa de elaboración (y por consiguiente, las correcciones manuscritas que se aprecian en el margen izquierdo) hacia comienzos de 1992. Las hojas se conservaron en una carpeta fabricada con una hoja de papel con sello de agua que dice "Calidad Atlas. Industria peruana", de 61,5 x 42,5 cm., doblado en cuatro: el primer doblez forma un pliego de 30,7 x 42,5 cm., con el segundo doblez se forma la carpeta de 21,7 x 30,7 cm. en cuyo interior se guardan las hojas. La cara que oficia de tapa contiene anotaciones y dibujos hechos con cuatro elementos: con pinturita y tinta negra dos títulos propuestos, un signo de interrogación, un paraguas y los días de la semana; con fibra verde el dibujo de líneas a modo de gotas de lluvia; con fibra negra dos números de teléfono que no parecen tener relación con el resto. La contratapa tiene escrita un dirección electrónica, lo que sería índice de que el manuscrito no estuvo oculto sino en un lugar del escritorio de Alvaríño accesible para anotaciones. En cuanto a las hojas pertenecen a dos momentos: la primera, que contiene el epígrafe que se publicará más breve en la primera edición, es una hoja sin numerar, escrita a un espacio, con margen izquierdo de 2,8 cm y superior de 5 cm. Las restantes están escritas con el mismo margen izquierdo, único espacio en blanco donde se inscriben las escasas anotaciones marginales; el margen superior es de 2,5 cm., el mínimo indispensable para que la hoja enganche en el rodillo de la máquina de escribir; el margen inferior (donde aparece la numeración a mano del 1 al 19) es de 5,5 cm. y está determinado por el mecanismo que hace que se suelte la hoja; el margen derecho es mínimo y desperejo, llegando al borde mismo de la hoja. El papel de bajo gramaje hace imposible usar ambas caras, la tinta es oscura y traspasa al verso de la hoja. Para aprovechar más el espacio, la separación en párrafos está señalada con tres cruces enmarcadas por tres espacios a cada lado (+++). Las hojas parecen haber sido escogidas entre las más de mil que contenía el manuscrito, numeradas y puestas a consideración de los amigos. Las correcciones manuscritas pertenecen a Bellatín, pero los títulos escritos en la carpeta lo están con otra letra, que Alvaríño no reconoce tampoco como propia. Los dos títulos ensayados son: "Y si la belleza corrompe a la muerte" y "Nunca llueve los jueves".

Revisando un cuaderno de ejercicios, cierto profesor de Antonio encontró varias indicaciones sobre la forma correcta de enterrar a un niño. Los apuntes hablaban de las flores adecuadas, de la necesidad de tener cerca los objetos queridos y de las oraciones que sirven para acompañar los velorios. El ataúd blanco estaría al cuidado de dos mujeres tristes. Bajo la tutela de una madre totalmente vestida de negro y resguardado además por la amiga del padre, quien se encontraría presente a pesar de que Antonio aseguraba que lo había querido envenenar. El profesor leyó la afirmación de que así como los niños tienen la obligación de obedecer y de cumplir con los deberes, así también están forzados a enterrar a los padres sus cuerpos muertos.¹¹

¹¹ A partir de aquí, los lectores de *Efecto invernadero* notarán que en este manuscrito aparecen nombres de personajes que serán reemplazados. Margot por la Amiga; Aubert por el Amante; Alida por la Madre; Julia por la Protegida. Sólo permanece el nombre de Antonio, emblemático en relación con el poeta César Moro, cuya muerte parece relatarse (a partir de la segunda edición, realizada en México en 1996, Bellatin reemplaza la dedicatoria a la poeta Reina María Rodríguez, por el primer verso del poema de Moro "Antonio": "Antonio es Dios", modificando el uso de las mayúsculas que en el poema original es "ANTONIO es Dios"). El efecto es ambiguo, ya que los nombres elegidos evocan los biográficos sin utilizarlos, como en el caso de Aubert por André Coyné. Podemos ver en este paso de la alusión a la elisión una construcción típica de este momento de la escritura de Bellatin. La elisión se convertirá en un principio constructivo de su poética, mucho más allá del sistema de nombres.

Antes de hablar con la escultura, Margot pasó cuatro días encerrada en la casa donde moría Antonio. Alrededor de la cama donde agonizaba el cuerpo envuelto en sábanas, los objetos no sufrieron casi ningún cambio. Se mantuvieron intocados los zapatos amarillos, el traje doblado encima de una silla de Viena, la palangana de fierro enlozado que Aubert llenaba con agua después de hacer el amor. En un anaquele de caoba siguieron estando los ataúdes en miniatura, la autopsia que ejecutaban médicos con los mandiles manchados de rojo, las calaveras mostrando los dientes brillantes. Varió algo el contenido de los frascos de medicina colocados sobre la mesa de noche. La luz en ese cuarto fue igualmente monótona, pues Aubert cumplió con la promesa de colgar paños negros en las ventanas. Solamente cuando era noche declarada permitía que se encendiera una lámpara de luz tenue que Julia usó para iluminar las imágenes de San Jerónimo. Afuera se fue acumulando el polvo encima de los muebles de bambú, puestos en un portal que domina el mar en toda su extensión. Desde ese portal, decorado con los muebles de bambú y con un gran cenicero que representaba a una serpiente mordiéndose la cola, era posible ver cómo se levantaba la escultura que Margot escogió luego de salir huyendo de la casa donde moría Antonio. Los muebles de bambú los había llevado Antonio en contra de la voluntad de su madre: Alida sospechaba que siluetas extrañas¹² bajaban del techo de madera. Antonio tenía la costumbre de sentarse en esos muebles para reflexionar en voz alta delante

¹² En una primera versión fue "siluetas malignas", cambiado por "extrañas" mediante anotación al margen. Este reemplazo aparece en la hoja numerada como 1. Aunque hay otras reescrituras, sólo las hojas 1 y 2, y más adelante la 11, utilizan los márgenes para anotarlas. El resto de las intervenciones manuscritas se reduce a tachaduras

de los amigos. Una tarde de invierno, Margot y Aubert vieron a Antonio sentado y levantando los brazos para expresar algunos miedos que apuntaban hacia el paso del tiempo.

En los años últimos, Antonio se refirió mucho al deterioro estético que su cuerpo iba sufriendo. El primer acto que efectuaba en las mañanas era mirarse en el espejo. Tenía un espejo giratorio de cuerpo entero, conseguido por Margot en una antigua vidriería. La luna estaba oscurecida por el azogue. Pero aparte de la presencia del mercurio sobre la luna, se hacía difícil el reflejo porque en la superficie se hallaba escrito con creyón rojo un poema. Estuvo puesto desde antes de la llegada de Aubert a la ciudad. Antonio nunca reveló quién lo había escrito. Lo mantuvo como aparecido de la nada. El poema hacía referencia a lo inciertos que son los reflejos tanto en las lunas como en el tiempo, a lo peligroso que se vuelve perseguir sus iluminaciones, quedando los hombres obligados a aceptar la convergencia de esos reflejos en un solo punto posible: la muerte. Antonio convirtió en sagrados aquellos trazos. Muchas veces Aubert sufrió leyéndolos. Le hubiera sido fácil borrarlos, crear con la mano un manchón rojizo, pero el respeto que Antonio logró imponerle hizo imposible cualquier profanación. Allí se mantuvieron espejo y poema, indiferentes a la enfermedad de Antonio, a su agonía, a la desaparición de su cuerpo. Cuando todo hubo acabado, en la luna quedó reflejada la ventana del baño. Los rayos del sol entraron por la ventana que se abrió por orden de la madre. La luna también devolvió la figura del cuerpo echado en la cama, de los zapatos amarillos sucios de barro, de la silla de Viena con el traje doblado. El cuerpo acostado, los zapatos sucios y la silla de

Viena se reflejaron en los espacios dejados por la letra roja y complicada con la que estaba escrito el poema. Al levantarse en las mañanas, Antonio se paraba desnudo delante del espejo. Había veces en que se abandonaba una hora o más en la contemplación. Con paciencia iba examinando el aumento de turbidez en los ojos, la flacidez en los músculos del cuello y el descolgamiento de los genitales. Dejaba de mirarse sólo cuando la imagen comenzaba un proceso de mutación.

Margot y Aubert sospecharon que los temores al tiempo y su reflejo eran resultado de haber sido hijo de Alida. Margot afirmaba que haber tenido sobre sí la presencia imaginaria y real de esa madre, era un hecho capaz de acrecentar todos los temores. Recién la noche de la concepción de Antonio, la madre dejó de lado su asco hacia el flujo seminal y dentro del gabinete de trabajo esperó el regreso de su marido. Bastó con que supiera que su esposo se veía a escondidas con otra mujer, que los imaginara copulando en una pieza rosada y celeste, para que se interesara en compartir el sexo con la sombra de esa mujer presente entre los dos. El habitual sentimiento de asco en esa ocasión se mezcló con deseo, humillación y con la idea de los cuerpos entrelazados de los amantes. Luego de haber sido poseída, abandonó el gabinete de trabajo y subió a su habitación. Rebuscó en el ropero y sacó al balcón todas las camisas menstruales. Les vació el contenido de una ronera de cristal y prendió fuego mientras de rodillas pedía perdón por comenzar a gestar a un ser tomado por fuerzas del mal. Durante la infancia, Antonio enfermaba de manera misteriosa. En una época se negó a mover un brazo, en otras rechazaba de manera rotunda

la comida. Los médicos se limitaron a decir que era nervioso el origen de los males, Antonio debió pasar sus períodos de enfermo bajo el cuidado de Alida, quien vistió de negro desde que comenzó la crianza del hijo. A partir de entonces usó también zapatos cerrados por medio de pasadores. Pese a los imprecisos diagnósticos médicos, se ordenaron tratamientos radicales. Por muchos meses Antonio tuvo sujeto con una cuerda el brazo bueno a la espalda. Además se prohibió que probara nada sólido en los períodos en que sí tenía hambre. Alida dudaba, sentía tristeza por los sufrimientos de su hijo, pero estaba convencida de que encontraría la cura siguiendo las indicaciones. Aunque sí sentía vergüenza delante de las demás madres, quienes se sorprendían al ver a Antonio que se tambaleaba al correr por los parques o haciendo movimientos ridículos para escondido llevarse una golosina a la boca. Algunas se le acercaban para decirle que no fuera cruel, que desatara la cuerda y le diera de comer las cosas que comían los demás niños. Después de cincuenta años Antonio seguía acordándose de la expresión de su madre, quien miraba fijamente el plato con agua de arroz que había llevado al parque y que terminaba siendo arrojado con furia encima de las flores.

Antes de ser tomado por el rigor mortis, Antonio recordaba los tratamientos médicos así como los olores y los sonidos que los acompañaban. Siendo niño tuvo que descubrir una serie de mañas para rascarse cuando sentía alguna picazón en el cuerpo. El frote constante de la piel con la cuerda que sujetaba el brazo, hacía que en las noches se hiciera perceptible un hedor al que terminó por acostumbrarse. Había veces en que el agua de arroz producía unas agruras difíciles

de controlar. Fuera del cuarto, en el espacio incierto en que por las noches eran convertidos el pasadizo y las demás habitaciones, oía los lamentos de Alida en medio de una crisis menstrual. A veces también los reproches al padre por no tener una amante que fuera joven, bonita y elegante. Los olores de un niño magnificados por la enfermedad, tenían como fondo una serie de sonidos regentados siempre por la voz de Alida. Mientras le pasaba una toalla con alcohol por la frente, Aubert veía a Antonio abriendo con pánico los ojos para quejarse de la cuerda que le hacía heridas en el brazo, el hambre que sólo podía ser aplacado con agua de arroz y de las camisas menstruales que con tanto odio iban acumulándose al costado del ropero. Se agitaba entre las sábanas viendo a una Alida inexistente que trataba de introducir los dedos en su garganta. Llorando en la cama, balbuceaba que la amiga del padre lo había querido envenenar. Aubert nada podía hacer ante aquellas irrupciones violentas que originaba la mente de Antonio. Nada ante los terrores crecientes que hacían más difícil la agonía. No podía separarse de una cama que sostenía el cuerpo que ya daba señales de corrupción.

La mañana de la muerte de Antonio, ocurrida en el verano de 1956,¹³ Aubert tuvo una actitud en apariencia controlada. Pero Margot estaba segura que no iba a mantenerla después de Antonio muerto. Durante los cuatro días finales, casi no dejó que Margot atendiera el cuerpo agonizante. Aubert mismo se encargó de hacerlo orinar dentro de una

¹³ César Moro murió el 10 de enero de 1956. Este dato tan preciso no aparece ni siquiera en la primera edición de *Efecto invernadero* (Lima, Jaime Campodónico, 1992), muy diferente de las que le siguieron.

botella y todas las mañanas le limpió la piel con una esponja húmeda. Se movía rápido entre la cama y el baño llevando de un lugar a otro el agua, las toallas, las ropas sucias. El médico que temprano llegó a la casa, aseguró que los síntomas del fin eran evidentes. Antes de retirarse les aconsejó a Margot y a Aubert, acompañantes únicos, que se encargasen de los trámites necesarios. La cara de Aubert se endureció al escucharlo, sus labios finos se hicieron casi imperceptibles. Margot miró hacia la cama y no pudo establecer la diferencia entre aquel cuerpo echado y el mismo cuerpo cuando no tuviera vida. El paso podía darse como un simple cambio de tonalidades. Iba a desaparecer el poco color que aún quedaba en el rostro, formándose un contraste mínimo con las sábanas blancas. Para no enfrentarse a las manifestaciones de la muerte, Margot dejó el cuerpo al cuidado de Aubert y salió de la casa cuyas ventanas lucían paños negros colgando. Dijo que iba a buscar el teléfono para llamar a la madre. Pero aquella salida no fue otra cosa que una huida precipitada. No estaba pensando en la promesa de avisarle a Alida con tiempo, para que así la madre pudiera encontrar aún relajado a su hijo, sino que Margot necesitaba hablar con la escultura que se levanta junto a una escalera pública. Se trata de una figura de mujer hecha con una piedra oscura. La habían colocado sobre un pedestal de cemento, del que sobresalían las esquinas formando puntas. Margot salió rápido de la casa dejando entreabierta la puerta de calle. Antonio hacía meses que tenía dispuesto que Margot y Aubert fueran los testigos de su agonía. Para ese fin, le había acondicionado a Margot dos pequeños sofás colocados uno contra el otro. Acostada y atenta a cualquier cambio en el cuerpo atendido por Aubert en la habitación contigua, Margot había vuelto a vivir todos los momentos

pasados al lado de la pianista prima de Antonio. Nuevamente la había visto sentada en las bancas de los parques y cementerios de París, otra vez había fumado del opio suministrado por Antonio y de nuevo la pianista había sido internada en un sanatorio para enfermos mentales.¹⁴ Al salir de una casa cerrada cuatro días, la constante presencia de la pianista al lado de los sofás hizo que necesitara hablar con la escultura. Fue un discurso largo, que en determinado momento hizo necesario el contacto físico. Pero al acercarse, Margot no puso atención al desnivel que existe entre la base del pedestal y la superficie de tierra de la Bajada. Pisó en falso y cayó.

En los bosques y en los cementerios de París, la pianista le había hablado a Margot de la escultura que está puesta junto a la escalera que conduce a la ciudad. Luego de despertar de los sueños producidos por el opio, las dos mujeres caminaban juntas por las calles de París. Aunque los colores de la realidad eran demasiado opacos, los edificios y los autos vistos a través de un aura sepia les permitían construir una nueva interpretación del mundo cotidiano. Margot había conocido a la pianista después de terminado un recital donde la llevó Aubert. En aquellos años, Margot imaginaba las esculturas de la Bajada como capaces de contener buena parte de los misterios propios de las zonas remotas del planeta. Margot tuvo que casarse, viajar a Sudamérica y alquilar un cuarto en el Jirón Callao antes de tocar las esculturas por primera vez. Antonio, que podía observarlas desde su

¹⁴ En el dactiloscrito, esta frase aparece marcada en el margen izquierdo con una línea vertical suave hecha con lápiz, que no parece haber sido trazada por Bellatin, quien para sus anotaciones utiliza bolígrafo azul y trazo fuerte.

portal con techo de madera, afirmaba que eran unas esculturas rudimentarias. Las podía mirar cuando estaba sentado en los muebles de bambú que llevó a la casa en contra de la voluntad de su madre. Margot recuerda una mañana con niebla en la casa de la Bajada. Sólo se hallaban Margot y Antonio sentados en los muebles del portal. Antonio no había permitido que Aubert se instalara de modo definitivo en la casa. Tal vez para que no tuviera que sentir los efectos del ocaso que Antonio mostraba en aquel país. Mientras que Aubert en Francia se había convertido en un conocido historiador de literatura, lo que le había permitido obtener una beca para Sudamérica, Antonio señalaba que él mismo no hacía sino desperdiciar el tiempo. Durante los últimos años sólo se interesó por el aseo de la casa, por unas clases como profesor de escuela y por mandar cartas para que liberasen a unos gorriones que una y otra vez encerraban en la jaula de las serpientes. Antonio usó buena parte de esa mañana, en alentar a Margot para que siguiera descubriendo la relación entre las esculturas y la pianista. Le dijo que hubiera querido dedicar esos años en el Perú a descifrar una verdad del pasado. No le fue posible hacerlo. Antonio sintió la falta de momentos absolutos. Además tuvo que soportar las tentaciones que llamaba de baja índole. Le gustaba esconderse en baños públicos, en parques no iluminados y en las últimas butacas de los cines de barrio. Aquellos gustos le causaban un grave desequilibrio a sus modestos intereses de los años finales. El aseo de la casa, las clases elementales y las cartas que buscaban rescatar las normas del hombre civilizado, dejaban de tener importancia. Había una fuerza que cada medio año lo llevaba a guarecerse en lugares oscuros. Escondido sentía nuevamente el brazo atado con una cuerda. Gozaba con la sensación y con las posibilidades que la oscuridad le podía

ofrecer. Iba ciego a cualquier aventura. La fuerza iba en aumento si no encontraba un objeto donde esa fuerza pudiera ser calmada. Una vez saciado, regresaba a la tranquilidad ofrecida por el portal de la casa última de la Bajada. La mañana que recuerda Margot, cuando ella y Antonio estuvieron sentados en los muebles de bambú, Antonio le habló de la desesperación por seguir envejeciendo con la fuerza y con los vicios que solamente la juventud puede disimular. Además aprovechó la mañana, que fue una de las últimas que pasó antes de ser hospitalizado, para recalcarle que tendría que ser ella y no Aubert quien le diera a la madre la noticia de su muerte. Aubert no podía hacerlo: Alida lo consideraba como la encarnación del demonio.

Luego de recibir la llamada de teléfono, la madre llegaría a la casa para encargarse de la situación. Iba a cruzar el portal y reclamaría el cuerpo del hijo. En la casa con jirones de tela desgarrada flotando en las ventanas y oliente a frotaciones medicinales y a humedad de ropas, Alida iba a reconocer la presencia de la serpiente antigua. Cogiendo a su protegida Julia por la cabeza, la pondría de rodillas haciéndola murmurar una oración de resurrección. Después entraría al cuarto y se encontraría con Antonio y con Aubert desnudos en el suelo. El piso de madera estaría cubierto con los vidrios rotos de los frascos de medicina que Aubert arrojó con desesperación. Estaría desparramada también el azúcar con la que habían estado hechas las figuras mexicanas. Alida tenía la libertad de hacer lo que le pareciera con el cuerpo de Antonio. La vida se lo iba a devolver después de cincuenta y cuatro años. Le entregaba un cuerpo deforme, ajado por el tiempo y con principios de corrupción. Luego

de tantos años del día de la concepción de Antonio, cuando Alida soportó la inundación del flujo seminal, tendría delante suyo la carne muerta como segunda inmundicia. A pesar de la diferencia entre el cuerpo que ofrendó y el que recuperaba, sentiría el placer de constatar con esa carne y con esos huesos inservibles el final de una penitencia a la cual había sido sometida. La satisfacción del perdón iba a estar debajo de la dureza de carácter que seguramente mostraría para llevar adelante ese trance. Con la misma rudeza separaría a Aubert del lado de Antonio. Lo iba a humillar arrebatándole, de la manera más dolorosa como fuera posible, el cuerpo que con la ayuda de Julia pondría en la cama y que luego los empleados de la funeraria iban a envolver en sábanas. La madre arrojaría a Aubert de la casa. Margot no quiso estar presente. Hubiera podido atemperar el comportamiento de Alida, pero Margot sabía que a Aubert le hacía falta sufrir un acto que marcara su separación de Antonio.

La casa se mantuvo aislada cuatro días. La insistencia por cumplir la promesa de preparar la ambientación tal como la diseñó Antonio, fue el motivo por el que las ventanas estuvieron cerradas y con paños negros colgando. La repisa con las figuras mexicanas, la palangana de fierro enlozado y la silla de Viena estuvieron bajo la acción de la penumbra y de una atmósfera cargada de humedad, de tufos de medicina y de secreciones del cuerpo. Los olores cotidianos se habían vuelto densos. Se mezclaron unos con otros a pesar de que cada uno mantuvo concentrado en sí mismo cierto olor rancio. En determinado momento, un sonido ronco que salió de la garganta de Antonio quebró lo brumoso y lo pesado del ambiente. Aubert se asustó y abrió la puerta del

dormitorio. Vio una luz iluminando el piso de la entrada. Cuando Margot salió de la casa con la idea oculta de hablar con la escultura, la puerta de calle no quedó cerrada del todo. Por la abertura que se formó, fueron entrando un hilo de luz y un soplo de aire que avivaron las emanaciones mantenidas en un sopor que duraba cuatro días. La muerte de Antonio, gracias a las puertas abiertas, estuvo precedida por una variedad de olores despiertos. El hilo de luz que logró entrar en la habitación hizo que las figuras de azúcar, que los paños oscuros colgando de las ventanas y los frascos de medicina adquirieran un leve reborde. Lo causó el rayo de luz aumentado por el espejo que mostraba el poema escrito en creyón rojo. Se dibujó por encima de la materia el contorno de los frascos, de los paños colgantes y de las figuras mexicanas. Pero los rebordes no se mantuvieron fijos. Fueron iluminándose cada vez más; se aclararon hasta el punto de impedirle a Aubert seguir viendo el cuerpo echado sobre la cama. Se confundieron entonces la sábana con el pecho hundido del enfermo. Se hicieron un mismo elemento los zapatos amarillos sucios de barro, la palangana de fierro enlozado, las letras rojas escritas sobre la luna oscurecida por el mercurio. Se creó la continuidad de los objetos. Pero Aubert no soportó que su cuerpo formara parte de la cama, de Antonio muerto y del espejo que chirriaba con cada movimiento. Empezó a desgarrar las telas negras que colgaban de las ventanas. Aubert se movió desesperado por la habitación llevando en las manos las destrozadas ropas de Antonio. Al mismo tiempo, Margot estaba terminando de hablar con la escultura. Se levantaba de su caída en el momento en que Aubert arrojaba al suelo los frascos de medicina junto al cuerpo desnudo. Margot sentía el rasguño, la sangre apareciendo por la herida. Había tropezado con una

de las puntas del pedestal. Encima del piso de madera, Aubert estaba flexionando con violencia el brazo y la pierna de Antonio, le sobaba con fuerza los puños para evitar que perdiera el calor. Margot agachó la cabeza y vio rasguños que recordaría hasta en los tiempos de la vejez.

Treinta años después de que hablara con la escultura, Margot decidió recluirse en el cuarto que tenía alquilado en el Jirón Callao. Se encerró a consecuencia de un doble asesinato ocurrido debajo del cuarto, Margot estaba mirando a través de la ventana mientras que en los bajos dos muchachos morían por la acción de un verdugillo. Hasta en los tiempos actuales, Margot tiene la costumbre de pasar las tardes con un libro de Proust en las manos. Encima de una mesa de trabajo hay siempre una tetera de porcelana, una taza llena y un trozo de pastel de manzana. Las ventanas del cuarto son grandes. Margot forma en las tardes una composición extravagante. Se convierte en un elemento discordante sentada en la ventana de aquella mansión transformada en casa de vecindad. A pesar de encontrarse rodeada por la bulla constante, los comercios nocturnos de droga y las infecciones producidas por los roedores y las aguas estancadas, Margot se conforma pensando en los días pasados junto a la pianista en París y en las conversaciones sostenidas en el portal de la casa de Antonio. De vez en cuando le vienen otros recuerdos, como el encuentro con Aubert y un muchacho rumano en el baño de un bistrot o también fragmentos de la obra de teatro que el mismo día de la muerte de Antonio se montó en el atrio del templo de la Bajada. Cuando comienza a anochecer, suele llegar a la conclusión de que no ha hecho demasiados avances con respecto a la

niña que en compañía de su padre y del perro Isaías recorría los campos de Bélgica. Recién cuando una vecina tocó la puerta para avisarle que fuera a ver a los muchachos muertos, tomó conciencia de lo decadente de su situación. Después de haber abrazado el gran evangelio, Julia llorando le confesaría haber sido ella la causante de que Margot se haya quedado a pasar la vida en ese cuarto. También confesó que la había sometido a la tortura de ver la violencia desatarse a su alrededor sin que nunca llegara a tocarla. Había hecho esos trabajos en contra de Margot porque había sido traicionado el último deseo de Antonio, quien pidió que la madre encontrara aún tibio el cuerpo de su hijo. La muerte de los dos muchachos, hizo que Margot dejara con fuerza la taza de té. Al bajar las escaleras y ver los cuerpos malamente cubiertos, aparecieron los rostros de Antonio y de Aubert. También los cuerpos cuando por el cansancio quedaban quietos en la cama. Al amanecer, Margot entraba en el departamento de Aubert en París y veía en sus amigos los rasgos inmóviles, iguales a como los vio en los muchachos muertos. Nada indicaba la violencia que habían sufrido. Tomó la tetera y llenó la taza, de la que se había derramado parte del líquido por la forma como fue dejada.¹⁵

Aubert había dejado la ciudad pocos meses después de la muerte de Antonio. Los demás amigos estaban muertos o retirados. En forma gradual habían ido escondiendo en sus casas, en los hospicios y en los cementerios sus mentes o sus

¹⁵ En el original aparece la siguiente frase, marcada con un corchete escrito con lápiz con trazo suave y tachada con bolígrafo azul y trazo firme: "Mientras cogía el asa con los dedos, pensó en la decadencia". Nuevamente, la marca en lápiz parece no pertenecer a Bellatin, pero sí la tachadura que obedecería a la sugerencia implícita.

cuerpos deteriorados. Margot sólo fue contemplando cada jueves, día en que se reunían en un restaurante pequeño, el envejecimiento de Lozano, un profesor de provincias quien se creyó capaz de cumplir con un papel en una época que terminó no siendo la suya. Pensó en la decadencia. El trabajo en la Alianza Francesa se le fue haciendo cada vez más sin sentido. Pasó de profesora a instructora de maestros para finalmente jubilarse. Margot sintió su primera muerte después de la partida de Aubert. Partió con rumbo a Argelia después de dejar publicado un libro como homenaje al amigo muerto. La partida de Aubert cerraba la última razón capaz de justificar la permanencia de Margot en la ciudad. Ya no le quedaba el esposo pintor, al cual abandonó al día siguiente de someterse a un aborto; Antonio estaba muerto y Aubert partía con dirección al África. La segunda presencia de la muerte, Margot la sintió cuando vio a los muchachos asesinados en la habitación de los bajos. Su paso por el mundo no iba a quedar marcado por ninguna huella. Sólo quedaría una tumba gestionada por su consulado. Tumba que sospechaba desenterrarían al poco tiempo para arrojar los restos en un osario. Se iban a mantener las paredes altas y desconchadas del cuarto alquilado. Los libros de Proust, la mayoría con las páginas amarillentas y con huecos producidos por las polillas. La cama y sus dos sillas.

Luego de ver a los dos muchachos cruzando por el zaguán de la casa, Margot abandonó la mesa de trabajo dejando la taza a la mitad. Puso una de las sillas en un extremo del cuarto. La otra la colocó al borde de la cama y pegó luego la mesa de noche hasta casi tocar la colcha. Tomó asiento en la silla que había instalado en el extremo y se quedó esperando la iluminación adecuada. Era verano, atardecía, el sol de las

brujas proyectando sus rayos rojos no tardaría en aparecer. Margot iba a recrear el cuadro de Van Gogh que tanto le gustaba a la pianista. Habían planeado un viaje a los Países Bajos para visitar los museos. La dolencia mental de la pianista, echó por tierra todos los planes. A medida que pasaron los años, se hizo más nítida la imagen de la pianista que conoció después de un recital donde la llevó Aubert. En los tiempos de la vejez, Margot se preguntaba si no había podido abandonar la ciudad por tratarse de la ciudad donde vive la pianista. La muerte de Antonio había hecho que desapareciera la razón aparente para seguir habitando la ciudad. Sólo después de la angustiada confesión de Julia, a quien le daba parte de su pensión para que la mantuviera al tanto de la pianista, conoce¹⁶ las verdaderas razones que le impidieron viajar. Aubert trató de convencerla para que lo acompañara. No se iba a establecer en Francia sino en Argelia. Irse acompañando a Aubert hubiera sido una decisión acorde con sus constantes deseos de aventura. En Bélgica su familia se había ido acortando, pero aún le quedaba una hermana que le mandaba cartas para que regresara. Pero Margot creía que ella y la pianista iban a estar protegidas mientras se mantuvieran viviendo en la misma ciudad.

Estando Margot y Antonio sentados en el portal decorado con los muebles de bambú, Antonio le había comentado

¹⁶ En el original, a este verbo sigue una letra r, escrita a máquina pero casi sin tinta. Presumiblemente sería un agregado posterior, que podría tratarse de la decisión de modificar el tiempo verbal por "conocerá". El cotejo es imposible. Al comparar este escrito con el de la primera publicación se ve una reescritura completa, de la que este texto sería un pre-texto. No se trata de corregir y pasar lo corregido. Estamos ante una corrección que precede a una nueva escritura.

que su prima la pianista había sufrido violentas contorsiones cuando le aplicaron los choques eléctricos. Margot imaginó el perfil deformado por obra de la electricidad. Acabando de conocerse, la pianista tuvo que ser internada en un sanatorio que Aubert consiguió en las afueras de París. Estuvo recluida todo un mes antes de que fuera embarcada con rumbo a su país. Antes de caer en la crisis que motivó el ingreso en el sanatorio, la pianista y Margot habían fumado opio casi todas las noches, también tomado grandes cantidades de vino. Al despertar emprendían paseos por la ciudad. Iban a los cafés, a los parques y a los cementerios. Mencionaban las esculturas que se levantaban en el extraño país de la pianista. Por eso, por la importancia de esas conversaciones, Margot quiso hablar con la escultura después de salir de la casa donde moría Antonio.

Cuando estuvo ante el pedestal gris y con puntas de cemento, ya había varios hombres trabajando en la construcción de un escenario en la Bajada. Margot no los vio, estaba de espaldas al templo. Los hombres llevaban unas maderas que iban sacando de un camión azul. Luego las transportaban por el puente de madera que une las dos vertientes de la quebrada. Pero Margot no los vio. Mientras recorrió el tramo que une la casa con el pedestal gris donde terminó cayendo, Margot había ido reconstruyendo partes de las conversaciones sostenidas en París. Después de muchos años, precisamente una hora antes del asesinato de los muchachos en la habitación de los bajos, reconstruyó una vez más las conversaciones que se realizaron en las bancas de los parques y de los cementerios. Cuando la cabeza rubia de uno de los muchachos hizo que se distrajera, estaba dedicándose

a buscarle nuevos sentidos a lo hablado después de salir de los efectos del opio. Ese muchacho, que tenía como nombre Miguel, hizo que de golpe Margot se acordara de la obra teatral. Recordó el momento en que la joven de labios pintados pedía pruebas a Dios de la bondad de Job. La tarde en que Miguel y Roque entraron en la casa, Margot estaba tomando té y al mismo tiempo que pensaba en las caminatas con la pianista releía uno de sus libros de Proust. En el cuarto de los bajos, a Miguel y a Roque los estaban esperando dos hombres. Uno de ellos pidió dinero y salió a comprar cervezas. Miguel lo había conocido cuando caminaba por el centro de la ciudad. Se cruzaron en una calle, intercambiaron ciertas miradas y avanzaron unos pasos para voltear y encontrarse cara a cara. Miguel bajó la cabeza y al hacerlo mostró los alborotados pelos rubios. El hombre le preguntó la hora. Con la cabeza aún baja, Miguel miró el reloj y sin dar la hora continuó parado en el sitio. Esa respuesta indeterminada, era parecida ante las insinuaciones que recibía en un bar bautizado como "Don Santos". Pensaba que contestando de una manera directa, iniciaba con desventaja cualquier relación. El hombre que Miguel conoció en la calle le dijo dónde vivía y la hora en la cual podía encontrarlo. Miguel preguntó si podía llevar a un amigo.

Aquella tarde de enero de 1986, Margot vio a dos muchachos que entraban por el zaguán de la casa para cumplir con una cita. La cabeza rubia de Miguel la inquietó. Las conversaciones con la pianista fueron sustituidas por el recuerdo de la obra de teatro. Pero fue una evocación fugaz. Cuando la cabeza de Miguel (que envolvía en vendas para bailar en las discotecas) desapareció de su campo visual,

Margot nuevamente se dedicó a pensar en las conversaciones sostenidas en los parques y en los cementerios. Acompañando los paseos de la pianista, fue como Margot empezó a conocer las esculturas que se levantan en la Bajada. Por eso, por la importancia que tuvieron los paseos, quiso hablar con la escultura al salir de la casa de Antonio. No le importó cumplir rápido con la misión de llamar por teléfono a la madre. Desobedeció uno de los últimos pedidos que hizo Antonio antes de morir.

Antonio había ordenado que apenas mostrara los síntomas finales, se avisara a Alida sin demora. Quería que la madre al llegar encontrara aún tibio el cuerpo. La había imaginado entrando en la casa seguida de Julia, pero hallando el cuerpo en un estado previo al rigor mortis y rodeado por la silla de Viena, por los zapatos amarillos sucios de barro y por las calaveras mexicanas que mostraban los dientes brillantes. Pero la desesperación que tomó a Aubert cuando en plena agonía fue dejado solitario, hizo que variara la escenografía que con tanto esmero se había preparado. Aubert con la palma de la mano hizo un borrón del poema, arrojó con furia los frascos de medicina y desgarró los paños negros dejando sólo tiras colgantes. La madre no halló al hijo con la temperatura adecuada: había demorado la llamada de teléfono. Alida se indignó al ver a Aubert al costado del cuerpo tirado en el suelo. Se atrevió a golpear con el pie al amigo francés, obligándolo a pararse y a caminar de espaldas. Aubert tenía los ojos enrojecidos, la barba a medio crecer y mostraba suciedad en los dedos. Lo persiguió hasta el portal cerrando la puerta de calle una vez que cruzó el portal iluminado por los rayos del sol de la mañana. El cuerpo de

Antonio no estaba envuelto en sábanas ni puesto encima de la cama, sino que se hallaba desnudo sobre el piso de madera. En las piernas y en el pecho brillaba una sustancia parecida a la saliva. Estaba puesto de costado, con una pierna recogida y el brazo extendido. Ya comenzaba a ponerse rígido. Por eso después de tocarlo y de sentir rechazo al poner la mano sobre el líquido pegajoso, la madre pidió la ayuda de Julia para subirlo a la cama antes que les fuera imposible hacerlo. En ese momento Julia iba a salir a escondidas de Alida para consolar a Aubert, quien había quedado llorando en un rincón del portal. Pero dejó su intención para después y entró en la habitación para ayudar a Alida. El ambiente de la casa, esa atmósfera cerrada y oliente a frotaciones y a sustancias del cuerpo, comenzó a oprimir el pecho de Julia. Entre las dos, entre una mujer sintiendo los principios de un ataque de asma y una anciana de ochenta y cuatro años, lograron de un solo empujón poner el cuerpo encima de la cama. Antes de comenzar a lavar y a vestir al muerto, Julia fue a la cocina para abrirse los bronquios con un vaso de agua con sal. Pensaba salir luego para acompañar a Aubert. Mientras echaba la sal en el vaso, Julia supo que se acababa el tiempo. Pensó que Margot se había demorado en cumplir con su obligación de anunciar la muerte.

Cuando llegaba a la casa caminando detrás de la madre, Julia con la mirada había estado buscando a Margot. No la vio. Era otra la gente que pasaba delante de las esculturas o la que estaba sentada en las bancas del parque. Margot tampoco estaba cerca del atrio del templo de la Bajada. En su lugar había unos hombres construyendo una estructura. Cuando Margot salió de la casa de Antonio y habló con la

escultura, ya se estaba trabajando en la construcción del escenario en el atrio del templo de la Bajada. Los hombres llevaban las maderas desde un camión azul estacionado cerca del puente de madera.

Las cargaban a través del puente desde el cual la madre veía las siluetas sospechosas. Margot no supo que Julia había estado buscándola. Julia había mirado hacia todos lados con la intención de hallarla. Estaba desconcertada, sabía que no habiendo avisado a tiempo Margot traicionaba la última voluntad de Antonio. A Julia le pareció la forma como Margot ejecutaba su venganza.¹⁷ Margot le había contado que Antonio fue el causante de que se muriera el hijo que estaba esperando. Había llevado a Margot donde un médico, el que utilizando una especie de cucharita le había hecho arrojar el hijo que tenía dentro. Margot no lo había perdonado. Lo sabía porque siempre a solas Margot le preguntaba por los castigos a las malas madres. Julia entonces se acordaba de la mujer con faldas anchas con la que subía los cerros y allí encontraba arrumados los cuerpecitos no nacidos que le habían sido llevados como ofrenda. Algunos no tenían forma, otros sí pero incipiente. Bultos de sangre, bracitos y piernas dentro de bolsas de placenta reseca y amarillentas. Mientras la mujer de las faldas anchas iba acomodando los montoncitos, que luego iba envolviendo en unas mantas de colores, decía en voz alta, para que Julia escuchase pues ella también había hecho sus propias ofrendas, que las madres

¹⁷ En el original la palabra "preocupó" se reemplaza por "pareció" con una anotación manuscrita en el margen superior, cambiando completamente el sentido de la frase. Con "preocupó" no quedan dudas de que se trata de una venganza, con "pareció" hay ambigüedad.

no eran culpables sino los hombres que tenían el poder de crear y de destruir a los párvulos. Pero que si bien las madres no tenían culpa, todo el castigo debía caer sobre ellas. Con la intención de amainar los castigos, las madres llevaban bultos de sangre, los brazos y piernas metidos en sus bolsas reseca. Para calmar a Margot, quien se asustaba con aquellos recuerdos de Julia, le ponía delante una jofaina, una jarra y una toalla. Hacía que agachase la cabeza y arrojaba lentamente el agua por el cuello y por los hombros desnudos. Pero la mañana en que murió Antonio, mientras llegaba a la casa para atender al muerto, comprendió lo que era la venganza. Antonio se lo había advertido meses antes. Le habló de cómo iban a ser las conductas de los demás cuando él muriera. Julia había sentido la presencia de la venganza desde que oyó el tono de voz que Margot usó a través del teléfono.

Julia fue la primera en contestar. Margot le dijo que Antonio ya estaría muerto y que incluso iría perdiendo el calor. Julia no dijo nada, se limitó a avisarle a la madre. Cuando esperaba que Alida cogiera el fono, Margot recién se dio cuenta que se había demorado en hacer la llamada. No lo había hecho a propósito, le había parecido natural salir de la casa y dirigirse sin pensar a la escultura. Tenía que hablarle. Durante los cuatro días finales, había revivido momento a momento las conversaciones que sostuvo con la pianista. Sentada o esperando dormirse en el sofá que le habían asignado en la sala, Margot muchas veces sintió ganas de fumar opio nuevamente. Ganas de fumarlo sólo para sentir la sensación del día siguiente, cuando junto a la pianista salían a recorrer un París con los colores apagados. Le sorprendió

que a través del fono Julia no dijera una palabra. En un principio pensó que había callado para que Alida no sospechase de la complicidad secreta, pero calculó que a esa hora la madre no estaría atenta al teléfono sino que se hallaría dentro de su cuarto sumida en sus rezos matinales. Recién entonces, gracias a ese silencio total, Margot se dio cuenta de su tardanza en hacer la llamada.

La madre no iba a encontrar tibio al hijo, lo hallaría tomado ya por el rigor mortis. Margot sintió que había traicionado la confianza de Antonio. Luego de hablar con la escultura, Margot rápido se puso de pie para observar detenidamente las heridas que se causó por el apuro de saber más sobre sí misma. La mujer de piedra se levantaba sobre un pedestal de cemento. Margot nunca oyó a la pianista hablarle de ese pedestal. Era imposible no hacerlo, el pedestal era grande, feo y con unas salientes en forma de punta. Tal vez lo olvidó o tal vez le originaba un mal recuerdo. Al ver la herida que se causó en la pierna, Margot pensó que tal vez la pianista también había resbalado delante de la escultura. El pedestal estaba mal colocado, sobresalía demasiado de la superficie pedregosa de la Bajada. Gracias a la herida en la pierna, Margot vio más bella la escultura que se enfrentaba al vacío del acantilado. Parecía que abajo el mar estuviera esperando su caída. A mitad del camino entre la escultura y el mar, estaba el portal de la casa de Antonio. Las ventanas aún seguían cerradas. Era el momento previo al que Aubert usó para romper las telas oscuras y para arrojar al suelo los frascos de medicina junto al cuerpo desnudo de Antonio.

La mañana con niebla en la que Margot y Antonio estuvieron sentados en los muebles de bambú, los dos hablaron de las relaciones entre la belleza y la muerte. En un principio, Margot aseguró que la muerte destruye en forma total cualquier belleza. Sin darse cuenta, Antonio acarició sus propios brazos. A pesar del frío que subía acompañando la niebla, llevaba una camisa de mangas cortas. Los brazos de Antonio no mostraban músculos ni firmeza. Mirando hacia el vacío, Antonio dijo que la belleza y la muerte guardaban la misma relación que el agua y los espejos. El mismo vínculo que el del agua corriendo para encontrarse con espejos rotos o empañados. Margot no entendió las palabras, tampoco la risa que las acompañó. Antonio continuó sonriendo y hablando de las abluciones matinales, del agua bajando por el pecho y la espalda desnudos. Habló del espejo giratorio que chirriaba con cada movimiento, de las letras del poema trazadas con creyón rojo, del progresivo descolgamiento de los genitales. Volteó y le preguntó a Margot si no podía ser la belleza la que corrompiera a la muerte. Recién entonces Margot sonrió. Miró hacia las esculturas que eran visibles desde el portal. La bruma las ocultaba por partes. Una de ellas, la que meses después la hiciera caer, tan sólo mostraba los brazos y las piernas. Otra de ellas, la que estaba puesta en la vertiente contraria, enseñaba una cabeza en cuya frente lucía una venda delineada por la niebla de la mañana.

Minutos después Antonio aprovecharía que estaban sentados juntos, para hablarle a Margot de los choques eléctricos a los que fue sometida su prima. Antonio escondido había observado una sesión, las que en aquel sanatorio que alguna vez sirvió para curar la lepra eran realizadas en forma grupal.

Aquella vez fueron seis los pacientes que fueron sometidos a la acción de un generador eléctrico que contaba con pequeñas ruedas para movilizarlo. Antonio se consideraba culpable por haber firmado los permisos. Margot hizo un ademán que pareció querer decir que le molestaba escucharlo. Pero cuando Antonio relataba las sesiones, Margot estaba imaginando visualmente la escena. Sentía un vacío en el pecho cuando el relato llegaba a las contorsiones de la pianista. Esa imagen siempre empañó los recuerdos donde aparecía la pianista sonriendo y hablando con entusiasmo sentada en los parques y en los cementerios de París. Cuando a través de la ventana vio aparecer a los dos muchachos que luego morirían por la acción de un verdugillo, Margot estaba viendo a la pianista contorsionándose por acción de la electricidad. Miguel y Roque habían pensado pasar unas horas dentro de la casa del Jirón Callao, para luego salir a divertirse al bar bautizado como "Don Santos". Margot los vio entrar y la imagen de la pianista retorciéndose en su cama de hospital, fue reemplazada por la visión de la muchacha de labios pintados que pedía pruebas a Dios de la bondad de Job.

El bar "Don Santos" se había convertido en el favorito de Miguel y Roque. En ese bar, una mujer gorda despachaba detrás de un mostrador. Muy cerca había una silla y una mesa pequeña, acondicionadas para que un niño hiciera sus deberes escolares. A cada momento, el niño dejaba abandonados sus cuadernos para llevar las cervezas a los clientes. El tercer miembro era un empleado alto y con muchos músculos que cojeaba ligeramente de la pierna derecha. Ese empleado andaba siempre con la llave del baño de

mujeres colgada de la cintura. La llave podía ser alquilada para tener momentos de intimidad dentro del baño. Si se le daba un poco más de dinero, el empleado podía entrar con el cliente. Desde una mesa, Miguel y Roque miraban cómo funcionaba el bar. En un rincón del fondo estaba la mesa de los travestidos, los que también se paraban delante del mostrador de la mujer gorda. En otra mesa solían sentarse mujeres de pelo corto que usaban zapatos cerrados. Debajo de una gruta de la cual colgaban pájaros de yeso pintados, se acomodaban los hombres mayores, quienes desde sus sillas escogían a qué muchacho invitarle una cerveza. Por todos lados se movían jóvenes con formas que daban la impresión de que esperasen algo. Miguel y Roque podían reírse de la mujer gorda, de las persecuciones en la pista de baile, de los placeres que se vivían en el baño de mujeres. Podían reírse porque a diferencia de Antonio estaban resignados. Se diferenciaban de un Antonio que aún a los treinta y dos años se entusiasmó cuando en París conoció a Aubert. De un Antonio que aún después del tiempo y de sus fracasos siguió apasionándose con sus hallazgos de amor. Los arrebatos más significativos, aquellos que quedaron registrados en los poemas, llegaron incluso a la madurez. La locura por César, aquel miembro del ejército que conoció en Toluca el Día de Muertos y que le hiciera emprender angustiosos viajes hasta las guarniciones militares;¹⁸ la aparición de Royal Splendor en un café de La Colmena; los hijos de sus amigos a quienes

¹⁸ Nuevamente aparece una alusión directa a César Moro como el verdadero yo de este Antonio, al darle al Antonio biográfico el nombre de César. En la edición de 1993 de *Efecto invernadero*, Bellatin desarrolla aún más esta situación e incorpora un poema de Antonio donde "Con letras grandes se leía que México crecía alrededor de César" (44), parafraseando el verso final de Moro "México crece alrededor de ANTONIO". Este juego desaparece en ediciones posteriores.

dedicaba miradas furtivas, hacían ver que nunca se había resignado a lo absurda como veía Miguel la vida sentimental. Miguel y Roque no estaban dispuestos a sufrir decepciones. Miguel había probado algunos enamoramientos menores. Al comienzo fueron sus amores secretos en los años de colegio. Atracciones que no llegaron a más que miradas clandestinas en las filas de formación o a la contemplación de una nuca o de una boca en la mitad de una clase. Hasta que sus actitudes se hicieron definitivas en Boston, durante un viaje de intercambio de estudiantes.

El hombre con quien Miguel se había cruzado en una calle del centro de la ciudad, le dio como dirección el Jirón Callao y las cuatro como la hora en que lo iba a esperar. Miguel le dijo que iría con otro muchacho. Cuando al día siguiente llegaron a la casa, ya los estaban esperando en una habitación de los bajos. La entrada de los muchachos, apartó de la mente de Margot la imagen de la pianista contorsionándose. Dejó la taza de té y se restregó los ojos para ver mejor a través de la ventana. Uno de los hombres pidió dinero y salió a comprar cervezas. Mientras aguardaba su regreso, Miguel se entretuvo contemplando las frazadas que cubrían las camas: una representaba a un tigre y la otra la bandera peruana. Al borde de la única ventana, era posible oírse ruidos diversos. En su mayor parte los sonidos eran producidos por las muchas personas que vivían en aquella mansión transformada en casa de vecindad. Miguel le pidió al hombre que había quedado, el favor de que cerrase la ventana. Viendo cómo los brazos oscuros cogían las hojas de madera y buscaban luego una tranca que las asegurase, Miguel pensó que hubiera preferido no haber entrado en la

casa. Se arrepentía por lo absurda que empezó a parecerle la cita; también porque le daba miedo ver los brazos cerrando la ventana. Ni siquiera contaba con el baño de adolescencia, donde se refugiaba después de contemplar a un sirviente sacando brillo a las losetas. En aquel baño, con la acción de sus manos hubiera eludido lo física que estaba perfilándose la situación. El miedo que sentía estaba más cercano a cosas concretas que a cualquier preocupación de orden espiritual. Se inquietaba por el cuidado de su cuerpo y por los sentimientos de asco o de rechazo que le pudiera producir el contacto con esos hombres. En cambio Roque parecía decidido. Antes de llegar a la casa, le aseguró a Miguel que nunca había tenido ese tipo de citas. Era imposible saberlo. Siempre tuvo extrañas desapariciones y era común que en las calles lo detuvieran personas desconocidas para hablarle con confianza. A Miguel solía sorprenderlo con términos que oía por primera vez: con la apología de los besos negros, explicando hasta en sus detalles las intervenciones quirúrgicas para obtener el punto de oro, haciendo exposiciones completas de lo que significaban los llamados pompinos, el salir premiado, los usos suavizantes de la saliva.

Mientras el hombre cerraba la ventana, Roque tomó asiento encima de la cama para esperar las cervezas. Tenía la boca ligeramente abierta y las manos entre las piernas. Los zapatos negros de puntas redondas estaban volteados sobre sí hasta casi llegar a tocarse. Roque había estudiado teatro y participado en algunas obras montadas en la ciudad. A Miguel le avergonzaba ir a verlo, que lo reconocieran cuando iba a algún lugar público. A Roque le gustaba salir desnudo en escena. Incluso hablaba con los directores sobre la

necesidad de añadir breves cambios en las obras que le permitieran quitarse las ropas en el escenario. Una de las características que más le llamó la atención a Miguel cuando lo conoció, fue la dureza de su cuerpo. Lo tocaba a través de la camisa y del pantalón, apretaba los dedos pellizcándolo, daba puñetes, pero la carne de Roque se mantenía inalterable. La sensación era la que ofrece la textura de uno de esos bastones de goma que se usan para golpear a la gente. Cuando el hombre regresó de la calle, dijo que no había conseguido frías las botellas. Enjuagaron unos vasos en el lavatorio que existía dentro de la habitación. El que trajo las cervezas las destapó, sirvió el vaso y le pasó la botella a Roque. Aquella acción, tan frecuente en los hombres que toman cerveza juntos, marcó la elección de parejas. Tanto a Miguel como a Roque les hubiera dado lo mismo cualquiera de los dos.

Mirando las paredes desconchadas, lo que más impresionó a Miguel fue el contraste entre esos colores y los que la semana anterior se desplegaron alrededor de su propio cuerpo. En el cuarto de los hombres predominaba el gris, lo sucio, incluso las pieles de esos hombres fueron vistas como parte de ondulaciones y de grietas pequeñas, la luz de la tarde de verano no podía más que proyectar sombras de telaraña reflejadas sobre las extrañas figuras producidas por la humedad. La semana anterior, Miguel y Roque se habían dejado llevar por las formas y los colores que se desplegaron en la cubierta del velero de Oscar, se abrieron formas y colores deslumbrantes. Miguel evocó la proa amarilla, el sol, las gotas de agua que se demoraban en evaporarse de su muslo. La luz hacía brillar esa carne poblada

de rizados vellos claros. Roque vio que se establecía un contraste decisivo en el punto donde la piel de Miguel desaparecía bajo una tela de color cereza. La proa amarilla, el short cereza y el velamen de un blanco muy puro, ofrecieron juntos un desafío que hizo que Roque abriera aún más la boca. Cuando le preguntó si dormía, el brazo de Miguel se replegó sobre sí mismo hasta formar arrugas pequeñas en su articulación. Sobre la mano de Miguel se reflejaba el contenido del vaso de Roque, de un líquido transparente y no como la cerveza tibia servida en un vaso lavado a la ligera. Las pequeñas manchas de dedos sobre el vidrio, guardaban relación con las manchas de las paredes, que hubieran podido ser más evidentes de no ser por los tonos oscuros que les habían imprimido.

En el cuarto de los altos, Margot seguía releendo el libro de Proust. Cuando los muchachos que entraron por el zaguán desaparecieron de su campo visual, lentamente se fue desvaneciendo el recuerdo de la muchacha de labios pintados que pedía pruebas a Dios. Levantó la tetera de Sevres, sirvió más té y volvió a la lectura. Estaba terminando la serie acerca de la búsqueda del tiempo. Se encontraba en los pasajes que se refieren a las visitas que para hacerse azotar realiza el señor Charlus a los prostíbulos clandestinos. Antonio le había contado cómo eran los burdeles en Francia. Le decía que sobre todo le habían impresionado los olores y los sonidos. A cada momento, tanto los olores como los sonidos iban transformándose de manera total. Variaban las esencias de perfumes, de cuerpos, de la sazón de las cocinas. Asimismo los sonidos marcaban un amplio rango. Iban desde melodías ejecutadas con arpa hasta gritos animales de

horror y placer. Antonio había ido a varios burdeles en distintos países, pero sólo en los de Francia sintió de manera tan rotunda los cambios sensoriales. Los burdeles de México le eran más uniformes. En ellos existían sólo dos tonos, marcados únicamente por el encuentro entre los muchachos nativos y los visitantes norteamericanos. Recién cuando se encontraba viviendo en la casa última de la Bajada, Antonio le contó a Margot acerca de su rastreo de los sonidos y de los colores.

Curiosamente, el último acto que Antonio realizó en vida fue el de emitir un sonido por la garganta. Aubert se lo contó a Margot: fue el único testigo que tuvo aquel sonido. Se trató de un ruido ronco y profundo. Cuando Julia supo del último acto que hizo Antonio estando vivo se alegró por el tipo de tránsito que le habían asignado. Margot se lo dijo dos días después del entierro. Julia sabía que aquel sonido era un símbolo de purificación y limpieza. Lo sabía gracias a la mujer de faldas anchas que la curaba de niña. Cierta vez en que Julia regresaba de su labor de pastoreo, se encontró con esa mujer. Julia ya no era una niña sino una adolescente. La mujer encabezaba un desfile de antorchas que subía a las alturas. Los animales que pastoreaba Julia huyeron en estampida. El único que no pudo hacerlo fue el zorro que llevaba atado con una soga. Toda aquella noche, hasta cuando comenzó a verse un resplandor detrás de los cerros que obligó a los asistentes a bajar a los pueblos para no ser sorprendidos por el sol, Julia escuchó que se emitían esos ruidos. Algunos luchaban con fuerza para emitir los sonidos. Hombres y mujeres, algunos muy niños otros muy viejos, se obligaban a hacer que por su garganta saliera un ruido

ronco y profundo. Forzaban los tórax, los estómagos. Pedían más brebajes, nuevamente introducirse por la nariz la mezcla de tabaco y aguardiente. Había los que lloraban al no poder conseguirlos. Cuando Julia se enteró del sonido emitido por la garganta de Antonio, recién se sintió tranquila. Un alma traicionada por sus más íntimos amigos, era un antecedente peligroso de lo que podría acontecerle en su viaje final. El mismo día de la muerte, Julia no hizo notar el miedo que le causó la traición de los amigos. Era un miedo que iba en ascenso, pero que durante el día de la muerte no tuvo una forma definida. Incluso al consolar a Aubert que no pudo poseerla, Julia pensó que la impotencia de Aubert era una venganza perpetrada por Antonio.

Después de haber lavado y vestido al muerto, la madre comenzó a rezarle al cuerpo tendido sobre la cama. Letanías graves, recopiladas y aprendidas durante años para ponerlas en práctica sólo una vez en la vida, rezos y oraciones que al mismo tiempo expresaban el júbilo por la liberación y la tristeza por la pérdida. Las plegarias le ofrecían un Antonio niño regalándole una flor, corriendo por un parque con el brazo malo, acariciando el falo del amigo francés. Al verla postrada delante del cuerpo, Julia aprovechó la entrega de la madre para salir a consolar a Aubert. Tomó un trago prolongado de agua con sal. Llevó el vaso hasta afuera y lo dejó encima de una baranda de madera. Tocando a Aubert en el hombro, hizo que se levantara del rincón donde había quedado postrado. Lo tomó de la mano y lo llevó al taller donde pintaba Antonio. El miedo definido recién aparecería al día siguiente. La llamada había demorado y la escenografía había sido destrozada. Al tomarlo para conducirlo al taller, se

dio cuenta que Aubert escondía la otra mano. Julia sabía que era la mano que mostraba suciedad en los dedos. Una vez que estuvieron dentro del cuarto donde pintaba Antonio, Julia regresó a la casa para traer la palangana y la jarra llena de agua. El que trajera la palangana y la jarra, nada tenía que ver con la suciedad que mostraban los dedos de Aubert. El agua tenía otros fines, el de ser derramada por su cabeza y sus hombros desnudos. Aparte del fuerte eructo que Antonio lanzó antes de morir, también hubo en aquella casa con las ventanas cerradas una importante variación de olores. Comenzaron a despertarse apenas Margot abandonó el costado de la cama de Antonio. Bastó con que a través de la puerta de calle fuera entrando un leve soplo de aire, para que se comenzaran a sentir penetrantes esencias que habían estado pasmadas en un sopor de cuatro días. Pero la fuerza, la intensidad en la variación de las emanaciones se fue haciendo mayor en tanto Antonio moría. Llegó a su cumbre cuando un Aubert desesperado desgarró las telas negras, arrojó los frascos de medicina junto al cuerpo desnudo para finalmente en el suelo rociarlo con una sustancia parecida a la saliva.

Luego de poner el vaso de agua con sal encima de la baranda, Julia desató su pelo y se lo alborotó. Le dijo a Aubert que el taller de Antonio les pertenecía. Detrás de la casa, existe un corredor estrecho en cuyo lado hay alineadas tres puertas altas y angostas. Una de esas puertas correspondía al taller de Antonio. El cuarto tenía mucha luz y no era muy amplio. En el piso se extendía una capa formada por polvillo de pintura, papeles desmenuzados y virutas de madera. En nada se parecía a la sala de trabajo representada en las imágenes que

Antonio le regaló a Julia, de San Jerónimo encerrado con un perro y un león traduciendo la Biblia. El taller tenía una ventana pequeña, la que daba en forma frontal a la superficie del cerro. También contaba con un tragaluz del que colgaban tres cuerdas. Alguna vez, los vidrios de las ventanas fueron rotos por bloques de tierra desprendidos o por piedras que llegaban rodando. Antonio estaba convencido de que tarde o temprano el espacio de su taller quedaría sepultado. En ciertas ocasiones, sobre todo cuando pasaba largas horas o toda la noche trabajando, le venía a la mente una escena imaginaria. Veía que una silueta trepada a la puerta, trataba de ver el interior de un taller ya completamente destruido. A través de los barrotes del dintel, sólo era posible verse en penumbras montículos de tierra, cañas y barro cocido. Por una imposibilidad para asirse con las dos manos, el hombre trepado resbalaba lastimándose un pie. Aquella secuencia se le repitió en varias ocasiones. Antonio no pudo conocer ni el origen ni el simbolismo que la escena podía encerrar. Pero por alguna razón, lo reconfortaba ver la caída de la silueta trepada.

Julia tomó un trago del agua con sal y luego le extendió la mano a Aubert. Dentro de la casa Alida estaba ensimismada con la celebración de sus ritos. Aubert escondió la mano que mostraba los dedos sucios y le dio la otra a Julia. Caminaron, uno conduciendo al otro, por el costado que lleva al pasadizo donde hay tres puertas alineadas. Encontraron sin llave la puerta del taller. Julia quiso repetir el rito que efectuó delante de Antonio la noche en que lo conoció. Con los pelos sueltos volvió a la casa para recoger la jofaina y la jarra que llenó con agua. Aubert sacó la mano escondida y miró

la suciedad en los dedos. Se llevó la mano a la nariz y aspiró fuertemente. Al regresar, Julia se levantó las faldas y se remangó la blusa con el fin de derramar el agua sobre sí. Tumbado sobre unos lienzos que ya nunca serían utilizados, Aubert pensó en la palangana de fierro enlozado que después de hacer el amor también llenaba con agua. Viendo a Julia lavándose las piernas y los brazos, tuvo conciencia de las conductas condicionadas. Antonio le había contado de la ceremonia que Julia le ofrendó en casa de su madre. Además que tanto Antonio como Aubert habían sido testigos de las abluciones con las que Julia iniciaba sus visitas nocturnas a la casa de la Bajada. Apreciándola calcando sus propias conductas, Aubert logró apartarse ligeramente del dolor que le había producido la violenta irrupción de Alida en la casa. Lo había escupido y pateándolo lo había hecho salir de espaldas hasta el portal. Mientras el agua caía por los negros cabellos de Julia, Aubert se preguntó las razones por las cuales no podía atraerlo ese cuerpo. Pensó en formas, en líneas cóncavas, en puntos desconocidos y viscosos. No se movió cuando Julia, aún con el pelo mojado, comenzó a palpar encima de la bragueta. Aubert sabía que por más que se empecinara, la mano de Julia sería incapaz de encontrar algo. Miró hacia abajo tratando de pensar que aquel era otro pantalón, otra mano, otro pene. Creyó que apelando a una incipiente y antigua afición de voyeur, podría excitarse. Recordaba algunas experiencias de diverso tipo. Una eyacuación precoz, la porfía de un pene por no erguirse más que por breves minutos. La utilización de cremas erectantes, que siempre habían terminado en fracaso. Recordaba el refugio que le ofrecieron las muchachas parisinas y para que concluyeran con ventura esos encuentros debía hacer esfuerzos mentales para que aparecieran torsos masculinos o

las escenas de amor que espiaba a las parejas en los parques. Recordaba también a una amiga mesera que permitía que se escondiera en una habitación contigua mientras ella aceptaba amantes ocasionales. Pero con Julia delante, era inútil seguir recordando. Pero curiosamente, se había calmado. Quedaba atrás la desesperación que le produjo la creciente rigidez en el cuerpo de Antonio. Julia pertenecía a otras raíces, los orígenes no coincidían. Era imposible establecer algún tipo de relación entre las parejas clandestinas de París y la muchacha de pelo negro que toqueteaba encima de la bragueta. Aubert tenía delante la presencia de la otra margen. No cabían los trucos de los que se valió para conseguir un minuto de erección. Si bien Julia había logrado poner el pene al descubierto, a la luz matinal que entraba por el tragaluz del que colgaban tres cuerdas, el miembro seguía flácido. Al tocarlo con la mano, con la boca; al pasarlo lentamente por el rostro, descubrió que ese falo había tenido una eyaculación reciente. Lo soltó de improviso. Se puso de pie rápido y miró las ya secas marcas de lágrimas en las mejillas de Aubert. Agachándose Julia arrojó al suelo el agua que no había usado. También vació la jofaina. Al comenzar a correr, el agua fue abriendo pequeños surcos. Abrió camino entre el polvillo de pinturas, entre el papel picado y las virutas de madera que comenzaron a flotar. Sentado en el suelo y con la bragueta abierta, Aubert fue viendo cómo el agua corría. En ese momento Julia estaba arreglando la falda que al bajársela había mostrado unas piernas flacas y morenas. Aubert apreció entonces que tampoco la hubiera deseado en el caso que lo atrajeran limpiamente las mujeres. Julia se alisó las ropas con el rostro serio. Antes de salir, seguramente para reunirse con la madre en el interior de la casa, le dijo que el muerto era tan fuerte que

le había negado a Aubert la potencia de poseerla. Aquel era el castigo por haber traicionado la última voluntad de Antonio. Por haber destruido la escenografía que con tanto esmero y anticipación preparó Antonio como parte de la ofrenda a la madre. Obligado a quedarse en el suelo con el pene dormido, pagaba un error que en el fondo Julia consideraba involuntario. La justicia de Julia perdonaba a Aubert, pero no hacía lo mismo con la culpa que Julia le adjudicaba a Margot.

Julia era una mujer de origen campesino, que había adquirido un asma persistente cuando la separaron de su pueblo para llevarla a la ciudad a orillas del mar. Llevaba sobre sí el estigma del paria, el que aprendió a reconocer en los caminantes con los que se acostó mientras cumplía con su pastoreo. Vestía del modo occidental y lo hacía con discreción y modestia. Una falda y una blusa negras detrás de un delantal sujeto a la cintura. Usaba zapatos para colegio con unas suelas que le duraban muchos años. Sus cabellos eran largos y a lo más que pudo llegar Alida en sus intentos de cortárselos, fue lograr que los escondiera debajo de un pañuelo. Alida hubiera querido cortárselos a la manera de las recogidas en los hospicios de monjas. Después, con un método inspirado en las costumbres de Santa Rosa de Lima, Alida iba a encontrar la forma de sacarle provecho al largo de esos cabellos. Por efecto de la dificultad para respirar, el pecho de Julia lucía enjuto y se le marcaban los bordes del esternón. Había aprendido a obedecer las órdenes de Alida sin pensar cuando las efectuaba. Podía estar varias horas arrodillada y al mismo tiempo pensar en los fetos que la mujer de faldas anchas envolvía en mantas de colores. En el pueblo donde

nació, su madre había quedado abandonada con varias hijas, una máquina de coser y algunos animales de corral. A pesar de que trataron de imponérselas, Julia desde niña se libró de las faenas domésticas. Esos trabajos les fueron encargados a las hermanas. La madre había dado por perdido cualquier esfuerzo que se hiciera por esa muchacha, que pasaba el día deambulando con un zorro que llevaba amarrado con una cuerda. De vez en cuando aceptaba salir a pastorear las ovejas de la madre. Le gustaban esas largas huidas porque se alejaba de la hambruna y de los olores producidos por varios humanos viviendo juntos. Le¹⁹

¹⁹ Éste es el abrupto final de la hoja numerada a mano como 19. No parece haberse extraviado una siguiente, sino que estas hojas serían las elegidas por Bellatin para, a partir de ellas, escribir su novela. Prueba de ello es que en *Efecto invernadero* no se cuenta ningún suceso que no contenga este texto, que en cambio contiene la historia de los dos muchachos, Roque y Miguel, dejada de lado en la reescritura destinada a su publicación.

Black-Out (los cadáveres valen menos que el estiércol)²⁰

²⁰ Estos originales son fotocopias –conservadas y entregadas por Laura Bennetti– de un dactiloscrito con correcciones manuscritas que se ha perdido. Las fotocopias miden 21 x 29,5 cm. El tipo de utilización de las hojas es muy similar al de “Sólo los loros hablan por desesperación”. El margen izquierdo es en este caso de 5 cm. (único constante debido al mecanismo de la máquina de escribir) y el derecho entre 3,5 y 4,5 cm. Tanto el margen superior (4,5 cm.) como el inferior (6,5 cm.) superan lo necesario para que el rodillo sostenga la hoja. Las hojas no tienen título ni están numeradas, aunque sí los capítulos, entre los que el 1.1 se repite y aunque sólo ese número está corregido a mano, la numeración toda queda corrida, abarcando hasta el 19. El título está tomado de una versión posterior, escrita en computadora, de la que se conserva una impresión en hoja continua. En la solapa de la primera edición de *Canon perpetuo* (Lima, Jaime Campodónico, octubre de 1993) se anuncia: “Además del presente libro, en 1993 termina de escribir ‘Black-Out (Los cadáveres valen menos que el estiércol)’, novela de la cual actualmente se prepara una adaptación teatral”. Este texto, que recoge algunas de las historias desechadas del gran manuscrito del que Bellatin recorta *Efecto invernadero*, sería el germen de *Poeta ciego*, primera novela en que el escritor empieza a usar computadora. La adaptación teatral se estrenó en Lima, con coreografía de Karin Elmore y actuación, entre otros, de Mario Bellatin.